

Cue deno 102
S.T.

Un homenaje a Francia

En Bogotá, capital de la República de Colombia, tuvo lugar en el mes de mayo último, en el Teatro Colón, una hermosa fiesta en homenaje a la juventud francesa; como complemento de esa fiesta circuló el Manifiesto que reproducimos enseguida, y que está firmado por las personalidades más salientes del país: un ex-Presidente de la República, ex-Ministros de Estado, diplomáticos, profesores universitarios, los Directores de 15 diarios y revistas de la capital, numerosos y distinguidos escritores, en fin, lo más distinguido en los distintos ramos de la actividad humana.

La revista *Cultura*, de la cual tomamos el Manifiesto, lo encabeza con las siguientes líneas:

“Sin que ello envuelva necias pretensiones a beligerancia, hacemos bien en honrar con una manifestación de honda

simpatía a los hijos de la eterna Francia el día en que a orillas del Sena se tribute sentido homenaje a la juventud sudamericana.

“En efecto, por encima de los detalles, por encima de los accidentes de la vida cotidiana, por encima de las razones y los cálculos, ¿quién de nosotros, hijos de la América latina, no se siente irresistible, misteriosamente fascinado por el país de todos los ideales generosos?”

“El entusiasmo con que en Bogotá se ha acogido la idea del homenaje a la juventud francesa, es una prueba más de la viva simpatía que en todo tiempo nos ha inspirado la *douce France*.

“A continuación publicamos el texto y parte de las firmas del Manifiesto que, para complementar el homenaje, se ha firmado en estos días. Como se ve, este Manifiesto lleva las firmas de las figuras más salientes de la política, del periodismo, de la literatura, de las artes, de las ciencias, del comercio, etc.”

Celebramos la fiesta de la juventud francesa como un homenaje a la Nación que, defendida por ella, resurgirá gloriosa de entre las ruinas amontonadas por la metralla y los do-

lores que la sangre vertida ha puesto sobre los corazones.

Celebramos la causa de la juventud heroica, que a la sombra de nobles veteranos ha mostrado la pujanza que sólo puede dar el amor a la tierra fecundada por el Genio y la devoción a los ideales de libertad, fraternidad, progreso y cultura, que sembraron asombrosos pensadores y visionarios de alma generosa y vibrante.

Vemos en cada luchador francés una reencarnación de los valientes que impusieron un credo de Redención al mundo, y evocamos conmovidos el recuerdo de los gallardos capitanes que vinieron de Francia—como vino de Albión la legión inolvidable—a acompañar a nuestros mayores en la lucha homérica que nos dió la independencia.

Declaramos con orgullo haber sentido la influencia del país que enseñó a los pueblos de América los derechos del hombre y encendió los fanales que iluminaron la senda por donde marchamos a la conquista de la libertad.

Creemos en el triunfo definitivo de la causa civilizadora que habrá de restablecer los derechos escarnecidos, devolver su territorio a naciones llenas de esperanza en el advenimiento próximo de la justicia, asegurar la paz ver-

Concepto del pesimismo

EL pesimismo, aun justificado algunas veces, representa, desde un verdadero punto de vista filosófico, un valor enteramente negativo, y ejerce por lo común una influencia deletérea en el desarrollo del cuerpo social, motivo por el cual urge reaccionar contra él en lo posible, preconizando de continuo ideas que estimulen la actividad individual y colectiva, poniéndola en condiciones de llevar a término feliz obras de alcance perdurable y trascendente. El pesimismo radica, por lo general, en algo de manifiesta inconformidad con determinados aspectos de la vida, y es producto casi siempre de una observación insuficiente cumplida bajo la influencia perturbadora de ciertos resaltantes prejuicios y de viejos resabios mentales.... El contraste entre el ideal, sea cual fuere, que como justificación de vida nos forjamos, y el espectáculo diario, incesantemen-

te renovado, del imperio de ciertas impurezas y miserias sociales contra las cuales se estrella con lamentable frecuencia ese mismo generoso ideal, sin que en el mayor número de veces sean parte a evitarlo nuestros deseos y nuestros entusiasmos, esparce sobre muchos espíritus un hálito de profunda tristeza que toma en algunos individuos caracteres de incurable desesperación, cosa que se ve de continuo en los grandes poetas del dolor que, como Leopardi, parecen haber abrevado de continuo su alma en la fuente de lágrimas formada por el ser humano en su incesante tránsito por esta débil corteza terrestre, escenario permanente de horribles infortunios e inenarrables desastres.

La vida en toda su vasta y rica complejidad, resulta, en último análisis, puro dinamismo, movimiento incesante, y de ahí que debemos marchar siempre hacia adelante, no detenernos en ningún punto del camino ni mirar con exagerada pesadumbre lo que dejamos por detrás. La columna de fuego de un ideal sereno y elevado debe constituir siempre la meta de nuestros pasos. Sea cual fuere nuestro destino, nuestro verdadero lugar en el en-

granaje de la vida universal, no es lícito desviarse del sendero por particulares contrariedades o intimidados por lo desconocido que surge amenazante en la obscura y misteriosa lejanía....

El horizonte de nuestros conocimientos ensanchado considerablemente en estos últimos tiempos se detiene, como en línea infranqueable, ante inmensos espacios en que parece no poder penetrar la investigación científica. Hoy, lo mismo que hace siglos, podemos repetir la frase de Hamlet a Horacio: "En el cielo y en la tierra hay más de lo que puede soñar tu filosofía".... La *cosa en sí* permanece aún, tal vez permanezca siempre, indescifrable por completo.... Pero esa inutilidad de nuestro esfuerzo mental, no debe desconsolarnos exageradamente. Fuerza es aceptar, si no con alegría, por lo menos con ecuanime entereza de ánimo, la realidad circunstante, aunque ésta no corresponda en ningún caso a nuestros desvelos y a nuestras esperanzas. Hay que creer con Spinoza, "que el sabio es el que participa por su pensamiento con la eterna necesidad de la Naturaleza".... Abramos el surco y echemos en él la simiente.

Que su germinación sea lenta o produzca frutos raquíuticos, no debe importarnos gran cosa. Se ha cumplido lo que hemos creído un deber y eso debe bastar para la iluminación y el regocijo de nuestra conciencia. Desencantarse por no haber respondido el éxito a nuestro llamamiento, sería demostrar paladinamente que no estábamos, ni con mucho, a la altura del empeño....

F. GARCIA GODOY

Como el venero

Recibe el don del cielo, y nunca pidas nada a los hombres; pero da si puedes, da sonriendo y con amor, no midas jamás la magnitud de tus mercedes.

Nada te debé aquel a quien le diste; por eso tú su gratitud esquivá. El tué quien te hizo bien, ya que pudiste ejercer la mejor prerrogativa, que es el dar, y que a pocos Dios depara.

Da, pues, como el venero cristalino, que siempre brinda más, el agua clara que le pide el sediento peregrino.

AMADO NERVO

Clásicos y románticos

.....

Se ha dicho que el teatro romántico fué una reacción, una protesta contra el clasicismo. Pero esta afirmación es una lamentable vulgaridad o, si se quiere, una vulgaridad pedantesca. No solamente no es una protesta contra el teatro clásico, sino que, en cierto modo, viene a ser su heredero y continuador. Porque de Lope al duque de Rivas, como de Calderón a Zorrilla, nadie podría señalar más diferencias que las cronológicas y a veces ni las cronológicas.

Sus héroes, cuando no los mismos, son idénticos; el pensamiento sigue la misma órbita ascensional; la estructura dramática es semejante; los versos suenan como serenatas de la misma orquesta.

Segismundo y Don Alvaro tienen la identidad de dos manos augustas; Pedro Crespo y Blas Pérez diríanse las dos alas del águila heroica. Isabel la de "las flores de romero" e Inés, "la pobre tórtola enjaulada", son dos rosas del mismo cándido rosal.

Ciertamente, el romanticismo fué una reacción y una protesta, pero no en contra de los

clásicos españoles, sino en contra del preceptismo de peluquín, importado de Francia por Moratín y sus secuaces. No contra el clasicismo, que siempre fué la libertad, sino contra el preceptismo, que fué siempre la tiranía. No contra Calderón y Lope, sino contra Boileau y Barthelemy.

Romanticismo es un estado superior por virtud del cual despiértanse en el hombre cualidades heroicas: el pundonor, el desinterés, la abnegación, el sacrificio. El romanticismo, como se ve, es tan viejo como la Humanidad, y el teatro romántico nace con la primer tragedia. ¿Qué es el divino Prometeo, sino un romántico, "el primer romántico"?

Pues estas cualidades de exaltación, que son las musas del teatro de Calderón y Lope, son las musas del teatro del duque de Rivas y de Zorrilla. El teatro romántico, continuador del teatro clásico, es como el viejo tronco florecido.

El romanticismo aparece, pues, en la vida muchísimo antes que en la escena. Como ha dicho Valera, "la nueva revolución literaria se hizo al mismo tiempo que una revolución política y que una larga guerra civil". "Todo lo cual — añade — excitaba los ánimos, convidaba a la gente a que escribiese y le daba amplia libertad para publicar lo escrito".

Fué, por tanto, el romanticismo no un movimiento de retórica, sino una consecuencia

humana. Como todos los terremotos sociales, como todas las modas literarias, como todas las transiciones históricas, esta gran sacudida del romanticismo llegó a España después de haber agitado a Europa entera.

Inglaterra se estremecía con las altaneras violencias de lord Byron; en Italia se alzaba Alfieri, vindicador, como un profeta bíblico; Alemania retemblaba aún por la romántica cruzada de Schiller; Francia era ya la presa de aquel león de la poesía que se llamaba Víctor Hugo. Europa entera, pues, se renovaba. Los nuevos sentimientos y las nuevas ideas habían añadido cuerdas a la lira. Y, como sutilmente dice Valera, "el amor a la libertad, la fe en el progreso humano y la devoción a la patria — concebida esta idea de patria de otro modo más amplio que en lo antiguo, — habían venido a ser noble asunto y vivo estímulo del canto".

Así, el romanticismo español surge con la revolución española. Detrás del manifiesto de los "Persas", de Elio, y de los "Apostólicos", brotan los patriarcas del romanticismo — el duque de Rivas, García Gutiérrez y Zorrilla — como detrás de Villalar, de Lanuza y de la Alpujarra brotaron Calderón, Lope y Tirso de Molina, la trinidad del "siglo de Oro".

CRISTOBAL DE CASTRO

(*Nuevo Mundo* Madrid.)

La self reliance

La sustancia de la democracia es, pues, una creencia aplomada y entrañable de que los hombres, cada uno de por sí, tomado aisladamente, alimenta las raíces de su personalidad en un elemento divino, que cada ciudadano posee una dignidad espiritual inalienable, la cual, por dignidad también, hemos de consentir que se manifieste y afirme libremente, en tanto no veja o acosa la dignidad de un tercero. Pues este sagrado derecho a no admitir jerarquías espirituales sobre nuestra propia alma, a sabernos jueces de nuestra conciencia y árbitros de nuestra conducta, a no aceptar opiniones ajenas que no hagan eco íntimo y veraz en el recinto último e inexpugnable de nuestro ser, todo esto, tan helénico, tan sajón, tan democrático, es la *self reliance*, la confianza en sí mismo de que nos habla Emerson. La confianza en sí mismo nada tiene que ver con la seguridad del triunfo. La confianza en sí mismo es el cumplimiento del deber, triúfese o no se triunfe de primera intención; es la buena voluntad por la causa de la justicia y de la verdad; es, por consecuencia, la meditativa consideración de obstáculos y posibilidades antes de emprender la acción; la cautela, la serenidad, el cálculo; es poner plomo en los pies en lugar de alas en los homóplatos.

JOSE ENRIQUE DE AYALA

Sobre el arte de escribir

¡El arte de escribir! Toda una vida de escritor solo puede mostrarnos las dificultades de ese arte, que ni se aprende ni se enseña, por lo menos con reglas fijas.

Cuentan de un señorón adinerado que al recibir en su casa a un glorioso poeta, con esa osadía que da el dinero le preguntó: "Dígame usted: ¿es muy difícil ser poeta?" Y el poeta le contestó sencillamente: "¡Oh, señor! O es muy fácil o es imposible."

¿Quiere esto decir que el estudio no sirva de nada, que el arte sea un don ajeno a todo esfuerzo, a toda voluntad; que el verdadero artista sea inconsciente y en su obra se limite a ser instrumento, poco menos material que los materiales, y como dice la Escritura: "La voz de Jacob, pero la mano de Esaú"?

Cierto que, sin ser fatalista, es preciso creer en una predestinación. Basta leer la vida de los grandes hombres de la Humanidad, basta con observar nuestra propia vida, para comprender cómo hay en toda criatura una predisposición natural que le inclina, sin forzarle, como dicen los teólogos, hacia una dirección espiritual determinada, y como hasta los sucesos de nuestra vida que más parecen apartarnos de nuestro camino, al fin vienen a ser como atajos de ventaja, y sin ellos veríamos que algo faltaba a nuestra vida y no hubiéramos

llegado seguros y tan experimentados al derecho camino de nuestro propósito.

Sin esta inclinación natural, sin esta predestinación, ¿comprenderíamos el ejercicio de algunas profesiones necesarias a la soberana armonía del mundo? Si por libre elección procediéramos, todos elegiríamos las profesiones más brillantes.

Ved una orquesta, por ejemplo; todos comprenderéis que haya quien sea director, hasta violín, lleguemos hasta el clarinete, pero ¡el bombo y los platillos! ¿quién comprende que puedan tocarse sin una predestinación irresistible? Y no obstante, como es preciso que haya bombo y platillos para el perfecto conjunto instrumental, admiremos la sabiduría infinita que no inclinó a todos los hombres al violín o a la batuta. ¡Y desgraciados los pueblos en que todos quieren ser directores de orquesta!

Que sobre la natural predisposición es preciso el estudio, ¿quien lo duda? No creáis nunca en eso que llaman inspiración. Hay artistas que prefieren pasar por geniales a pasar por estudiosos. Quieren dar a sus obras la importancia de lo sobrenatural; “Yo no he estudiado nada — afirman; — yo no sé cómo escribo, yo no sé cómo pinto” No lo creáis; son coqueterías de artista. Alguien dijo que el genio era una gran paciencia; yo me atrevería a decir que el genio es siempre el premio de un gran trabajo.

Ahora que, el trabajo del artista, es muchas veces lo más parecido a la holganza. El artista pasea, el artista está tumbado, el artista, al parecer, no hace nada. Los que andan como azacanes por la vida en trabajos de actividad material, pasan por delante de él y sonríen despectivos: ¡Qué buena

vida! El artista, talvez pudoroso, ¿cómo convencer al afanado de que aquel su holgar es trabajo conforme la vulgar opinión? — ¿No se hace nada? — ¡Phs! Ya lo ve usted; nada. — Pero en esos aparentes ocios fueron engendradas las grandes obras del espíritu: porque todo es trabajo para el artista, siempre en actividad su conciencia, siempre al atisbo su percepción, siempre vibrantes sus nervios.... tan vibrantes, que muchas veces saltan y se quiebran y en vez del bien templado acorde y la dulce armonía, es el desgarrado desconcierto de la locura o es el silencio pavoroso de la muerte ...

¡El arte de escribir! El más perfecto sería el que llegara a comunicar esa exaltación de nuestro espíritu, sin necesidad de expresarnos con palabras.

Escribir es una limitación, como lo es toda obra, como lo es todo lo creado. Sí: la creación es una resta de infinito; como toda obra, es una resta del espíritu creador del artista. Por eso lo mejor de una obra no es lo que está en ella, sino lo que de ella se escapa para ir a sumarse al espíritu infinito.

Ved, pues, si es difícil espiritualizar materializando. Y eso es la obra del escritor y eso es la creación. Somos los hombres como vasos en que fué recogida un poco de agua de un mar espiritual infinito. El mar se ignoraba en su infinidad y quiso conocerse, ganar conciencia así limitado. Nuestra labor espiritual no es otra cosa: reintegrar una conciencia a lo infinito inconsciente.

JACINTO BENAVENTE

460

El artista

Una tarde nació en su alma el deseo de modelar una imagen del Placer que dura un instante. Y marchó por el mundo buscando bronce. Porque sólo en bronce podía ver sus obras.

Pero todo el bronce del mundo había desaparecido, y en parte alguna podía encontrarse bronce fuera de la estatua del *Dolor que se sufre toda la vida*.

Y él mismo, con sus propias manos, había modelado esa estatua y la había colocado sobre la tumba del único ser que amara en su vida. Sobre la tumba del ser que había amado tanto colocó esa estatua que era su creación, para que allí fuese como un signo del amor del hombre, que no muere, y un símbolo del dolor del hombre, que sufre toda la vida. Y en el mundo entero no había más bronce que el bronce de esta estatua.

Y cogió la estatua que había creado, y la colocó en un gran horno y la entregó al fuego.

Y del bronce de la estatua del *Dolor que sufre toda la vida*, modeló una estatua del *Placer que dura un instante*.

Los Simples

¡Oh almas que vivís puras, immaculadas,
 en la alba torre de la gracia y la ilusión,
 que conserváis aún, intactas, perfumadas,
 las santas rosas, para nosotros deshojadas
 en la avidez mortal de nuestro corazón!
 Almas, hijas de las mañanas armoniosas,
 de la luz, don de Dios, de la luz, flor de amor,
 que hace abrirse un panal al pie de cada abeja
 y hace cantar un nido al pie de cada flor;
 Almas en quien fulgura, Almas en quien se espeja
 el ingénuo candor y la bondad cristiana,
 como en el cielo de abril el Arco de la alianza
 como en un lago el astro virgen de la mañana;
 Almas, urnas de fe, de amor y de esperanza;
 vasos de oro, que guardan abierto un lirio santo,
 un lirio incorruptible, un lirio alabastrino,
 que los ángeles cuidan de humedecer con llanto
 que la piedad abriga con su calor divino;
 Almas que cruzáis el fango de la existencia,
 este fango perverso, inicuo, envenenado,
 llevando en vuestras frentes la luz de la inocencia
 pisando con los pies el dragón del pecado;
 ¡sed bienaventuradas, Almas que mi alma adora,
 Almas llenas de paz, de humildad, de alegría,
 en quien es la conciencia el sol de cada hora
 y en quien es la virtud el pan de cada día!
 En este negro abismo sois como luz dorada
 que rompe las tinieblas, cantando sin cesar;
 y lo más puro y limpio de mi alma abandonada,
 — la limosna ofrecida, la plegaria rezada —
vuestra es: vosotras fuisteis mi primitivo altar.

De allá, de mi distante y encantadora infancia
 del nostálgico nido que abandoné, viviendo,
 me llega todavía vuestra casta fragancia,
 como un son de arpa colia que canta en la distancia
 y como un lienzo blanco que me está despidiendo!

.....

 ¡Ay madre, la mi madre! Ay, qué nostalgia inmensa
 del tiempo en que rezaba protegido por tíl
 La tarde iba cayendo; y en vuelos repetidos
 las golondrinas iban regresando a sus nidos,
 suspensos en las tejas del pueblo en que nací.
 A los henos segados olían los hogares,
 el lebrél descansaba tendido por el suelo,
 dorábanse, en la luz de puesta, los pajares
 y la luna, a lo lejos, entre los olivares,
 como el alma de un justo remontaba su vuelo;
 y con mis manos en el altar de tu seno,
 viendo ascender la luna en el azul sereno,
 yo balbuceaba entonces mi oración infantil,
 pidiendo al Dios que habita las calmas de la altura,
 que mandase un alivio para cada amargura,
 que mandase una estrella para cada cubil.
 Por todos le rezaba, por todos le pedía.
 Por los muertos, que yacen en la tierra sombría,
 por todas las pasiones, por todas las espadas
 por los tristes que van, buscando su fortuna,
 sobre un barco sin velas, en las noches sin luna,
 errantes, a través de las aguas airadas
 Mi corazón de niño, immaculado y santo,
 le pedía, como hoy, al Padre celestial,
 para las desnudeces, un paño de su manto,
 para toda miseria, las gotas de su llanto,
 para todos los crímenes, su perdón paternal.

.....
 Mi madre me dejó muy pronto en el camino;
 pero de su piedad el fulgor diamantino
 continuó abonanzando toda la vida mía,

como junto a un león, un milagro divino,
como un ramo de olivo sobre una horca fría.

Yo alimento, creyentes, en lo íntimo del pecho,
vuestra misma creencia, vuestro mismo ideal;
el horizonte es amplio, nuestro mirar estrecho;
creo en un Dios eterno y en un alma inmortal.

Toda el alma es relámpago y todo el cuerpo es lama;
cuando el cuerpo se pudre el relámpago brilla

Quitad el cuerpo — y queda una lengua de llama,
Quitad el alma — y queda un fragmento de arcilla.

¿Y esta gran claridad, dónde pára? ¡misterio!
no lo sé pero sé que siempre ha de brillar
bien venga del incendio del cráneo de Tiberio,
bien del lauro que ornó la frente de *Jeane d'Arc*.

Sí; creo que, después del último abandono,
ha de haber una sombra, ha de haber una luz;
para el vicio que muera triunfante sobre un trono,
para el santo que expira yerto sobre una cruz.

Tengo una fe sincera, tengo una fe robusta
en un Dios que conserva, para eterna sanción,
en un antro de hierros el alma de Locusta
y en un cáliz de oro el alma de Platón.

Pero creo también, y este es el muro fiero,
simple creyente, alzado entre nosotros dos,
que es una sola diócesis el Universo entero,
en donde firma encíclicas un solo obispo: Dios.

Que por mucho que vuestra Santa Iglesia registre
en el arsenal de la gracia que la escuda,
es feroz el análisis como una lanza en ristre,
la verdad es cruel como espada desnuda.

Cultos, biblias, milagros, mitos, dogmas, asombros,
son las cenizas de la Pompeya terrena:
¡saquemos a la fe de este montón de escombros!
¡exhumemos a Dios de este aluvión de arenal

Y así la humanidad un día, mar en calma,
 ha de hacer en idéntica aspiración unida,
 de la fe y la razón los dos ojos del alma,
 de ciencias y creencias los polos de la vida.

La fe es luna, flotando sobre negra laguna,
 la razón astro encima de la sierra bravía;
 muerte, para tu noche, nos da el Señor la luna,
 nos da el Señor el sol, vida, para tu día.

¡Ay! pero yo comprendo los martirios secretos
 del pobre campesino, ya casi secular,
 que ve caerse, sueltos los quicios mal sujetos,
 la casa en que nació su padre, en que sus nietos,
 muerto, le cerrarán el vidriado mirar
 Yo comprendo el pavor, la lividez demente
 de quien, en noche oscura, caliginosa y fría,
 anda por las montañas con sólo un faro ardiente,
 y el huracán, soplando desesperadamente,
 se lo apaga con su ala atlética y sombría;
 va a quedar sin arrimo, cegados los sentidos,
 entre las fieras que gritan y los bramidos
 del ciclón que, avanzando por la noche, sonoro,
 se enrosca al tronco de los árboles partidos,
 y los ahoga, igual que una serpiente a un toro.
 Yo comprendo la angustia, el desespero insano,
 del naufrago en su roca, solo en el Oceano,
 viendo pasar las ondas de enardecidos senos,
 como una cordillera hrecúlea de montañas
 y un domador adentro que está azotando truenos.

.....

 Sí; vuestro faro, vuestro abrigo y vuestro puerto,
 es un Dios, hace tiempo para nosotros muerto,
 y que juzgáis vosotros todavía inmortal....
 ¡Vivid adormecidos en vuestra fe ilusoria,
 ya que no saltaréis mil años de la historia
 para alcanzar con vuestro credo nuestro ideal!
 ¡Vivid adormecidos en vuestra fe sagrada,

sin dejar de mirar los ojos de Jesús,
como la flor efímera que dura casi nada,
naciendo a la mañana de un rayo de alborada,
durmiéndose, a la noche, en un rayo de luz!
Yo bien sé que no es vuestra creencia la que medra,
alboreando en los prados del porvenir;
pero soís el Pasado y ella es como la hiedra,
que aún da un tono de verde primavera, a la piedra
de los viejos castillos a medio derruir....
Sí; vuestra fe es un yerro, una ilusión, es cierto;
¡mas, triste del que cruza las sendas del desierto,
vagabundo, desnudo, pobre como Caín,
sin ver nunca a lo lejos, los palacios radiantes
de una ciudad de oro, de mármol y diamantes
en el azul quimérico, de la amplitud sin fin!
¿Quién os ha de arrancar vuestra fe dolorosa,
vuestro ensueño ideal, criaturas en ruinas,
si la vida es un tallo y el ensueño una rosa,
rosa llena de aromas, tallo enchido de espinas?....
¿Quién cortará esta flor con bárbaro cuchillo,
quién tenderá esta luz sobre un velo profano,
si ella, para vosotros, es como el lazarillo
que lleva por las sendas, a un ciego de la mano?
¿Quién os despertará de este sueño encantado?
¿quién os ha de mostrar la evidencia cruel?....
¡Dejemos a las aves el ramo ya arrancado;
y dejemos hacer al enjambre dorado,
en el tronco ya muerto, sus panales de miel
¡Oh viejos aldeanos exhaustos de fatiga,
que, a lo largo del día no paráis de bregar,
arrancaros del alma vuestra creencia amiga,
fuera como robarle, de noche, a una mendiga,
el puñado de leña que se lleva a su hogar!
¡Oh, no! ¡guardadla bien la santa fe de otrora!
Ella os da vuestra paz inalterable y santa,
esta paz de vergel inundado de aurora,
donde el trabajo ríe, y la miseria canta.
¡Guardadla bien! Y cuando venga la muerte, en breve

a visitaros, en vuestra choza sombría,
podréis hacer un tránsito rapidísimo y leve,
¡porque un ángel de Dios más blanco que la nieve,
extenderá sus alas sobre vuestra agonía!
¡Y reconoceréis, en su mirar materno,
que es el mismo ángel de vuestro sueño infantil,
y que hoy deja los cielos, de orden del Padre Eterno,
para alegrar la muerte en vuestro blanco invierno,
como alegró la cuna en vuestro claro abril....
Y sentiréis muriendo cómo aquel ángel toma
entre sus brazos vuestro corazón simple y sano,
tan nuevo y virginal, al dejar vuestro lecho,
que Dios ha de besarlo y ocultarlo en su pecho,
lo mismo que si fuera una mansa paloma
que viniera a caerle, exánime, en la mano.

GUERRA JUNQUEIRO

El instante del ideal

Cada botón no florece más que una vez y cada flor no tiene más que su minuto de perfecta belleza. Así en el jardín del alma, cada sentimiento tiene su minuto floral, esto es, su momento único de gracia esplendente y de radiante majestad. El astro no pasa más que una vez por la noche por el meridiano sobre nuestras cabezas y no brilla en él más que un instante; así, en el cielo de la inteligencia no hay, si puedo atreverme a decirlo, para cada pensamiento más que un instante zenital, único, en que culmina en todo su brillo y en su soberana grandeza. Artista, poeta, pensador, apodérate de tus ideas y sentimientos en ese punto preciso y fugitivo para fijarlos o eternizarlos, porque es su punto supremo. Antes de ese instante no tiene más que sus confusos esbozos o sus oscuros presentimientos; después de él no tendrá más que reminiscencias debilitadas o arrepentimientos inútiles. Ese instante es el del ideal.

FEDERICO AMIEL

Tomás de Quincey

LOS toxicólogos franceses le han dado al opio el nombre expresivo de *roi des poisons*. Y en verdad, podría personificársele en un monarca oriental cruel y fino, diademado de gemas cintilantes y vestido de púrpuras sangrientas que ejerciese un incontrastable señorío sobre sus fieles y se solazase en darles muerte con refinamientos de tortura dulces y atroces. ¿Recordáis lo que, en relación con otro veneno—el *cannabis indica* de los haschichinos,—narra Marco Polo? Según este viajero, el legendario personaje del medio-evo a quien se conocía con el nombre de *Viejo de la Montaña*, atraía a su vivienda misteriosa a los mancebos comarcanos, y les daba a gustar una confitura verdosa y acre que los sumía en un éxtasis divino, durante el cual parecíales devanear por jardines armínicos al són de músicas suavísimas, o reposar muellemente sobre blandas alcatifas de nardos y violetas en medio de bellas esclavas núbiles que los abanicaban con flabeles de plumas de avestruz. Tan súbyugador era el hechizo de aquellos éxtasis—agrega el narrador,—que los *feidawi* o iniciados trocábanse en manos del viejo *Scheik* en instrumentos de los crímenes más horrendos con tal de obtener de nuevo el misterioso manjar, dispensador de goces que sólo conocen los elegidos.

Esta leyenda acudió a mi mente al recorrer las páginas dolorosas del libro en que, bajo el rubro de *Confessions of an English Opium-Eater*, relata Tomás de Quincey cómo y por qué se entregó a las delicias nirvánicas de los paraísos artificiales y cómo, al influjo del demonio del opio, su espíritu sumióse poco a poco en tinieblas de abominable desesperación y recorrió los círculos de fuego de la ciudad doliente a donde no puede entrar la Esperanza.

Tomás de Quincey nació en Mánchester el año de 1785. Su padre era tuberculoso, y esta circunstancia explica los estigmas degenerativos que la crítica patológica ha hallado en Tomás y en sus hermanos, seis de los cuales murieron en edad temprana, víctimas de esa misteriosa ley de herencia que castiga las faltas de los genitores en la carne inocente de sus hijos.

Desde los seis años de edad, Tomás era un niño sensitivo y contemplativo, de complexión débil y delicada, que huía de los joviales retozos de sus camaradas y se complacía en pasar las horas, taciturno y silencioso, al amor de la lumbre. La muerte de una hermanita a quien amaba con exaltación, lastimólo en lo más profundo de su ser y convirtiólo en un visionario. Obsesionado con el recuerdo de la niña muerta, a quien había visto lívida y yerta en la caja mortuoria, sufría de dolorosas alucinaciones y cierta vez en que contemplaba las nubes parecióle que se trocaban en una fila de camitas blancas en que agonizaban niños enfermos.....

Su temor instintivo de la vida y su melancolía precoz, hacíanle huir de los propios seres ama-

dos y buscar—él mismo nos lo cuenta—los rincones más sombríos y discretos del jardín de la vetusta casona paterna o de los campos vecinos: “La calma casi asustadora de ciertos mediodías de estío, cuando el viento está inmóvil, y el silencio fascinador de los atardeceres grises, velados por brumas difusas, producían en mí no sé qué indefinible fascinación”. Más adelante agrega: “Todo hombre viene al mundo solo y se va solo. Sacerdote o rey, doncella o guerrero, filósofo o niño, el ser humano va siempre solitario por las misteriosas avenidas de la existencia: la soledad, que en este mundo espanta y fascina a los corazones infantiles, no es sino el reflejo de una soledad más profunda al través de la cual pasó ya y de otra soledad mucho más profunda todavía, al través de la cual tendrá que pasar; reminiscencia de la una, presentimiento de la otra”. (*The affliction of Childhood.*)

Desde su puericia, Tomás sintió que la vida es inmisericorde y que los seres débiles y pequeños están predestinados a ser víctimas de una fatalidad inexorable. Este vago pesimismo trocóse de instintivo en razonado al ver cómo una sirvienta de su casa maltrataba bárbaramente a otra de sus hermanitas, que debía morir también de tierna edad. A esa revelación de la maldad humana vino a aunarse más tarde, para oscurecer todavía su visión de la vida, el espectáculo de dos pobres hermanas gemelas, sordas, escrofulosas, espantables de fealdad, a quienes su madre sometía, por odio, a las faenas más serviles, que ellas ejecutaban humildemente, sin lanzar una sola queja. Tomás sentía por las dos infelices una

piedad profunda que, al dilatarse, convirtiéndose en una religión del sufrimiento humano. "Me siento confundido—escribí más tarde—al considerar la colosal miseria del corazón humano."

La precocidad de Quincey fue portentosa. A los diez años hacía versos latinos dignos de ser suscritos por un humanista del Renacimiento, y a los doce era un helenista consumado. Uno de los cuatro tutores que M. de Quincey padre había designado para que velaran sobre sus hijos, se opuso por cicatería a que Tomás fuese enviado a la Universidad de Oxford, como el niño lo deseaba con ardor, e hizo lo ingresar a una escuela de Mánchester, cuyo profesor hubiese podido recibir lecciones del pequeño *scholar*. Tomás no tuvo valor para resistir por mucho tiempo la existencia embrutecedora de la escuela y la maldad simiesca de sus camaradas, y una mañana huyó de Mánchester llevando por todo equipo de viaje un volumen de Eurípides y otro de poesías inglesas. Anheloso de tranquilizar a su madre—quien se había trasladado a un lugar cercano de Chéster—dirigióse a la casa paterna, donde se le vituperó la escapada como un crimen. Con la amarga certeza de que jamás podría hacerse comprender por los suyos, Tomás alejóse de su hogar y, después de vagar por algún tiempo a la ventura, sin pan, y sin techo, fue a parar a Londres, donde empezó para él una era de espantosa miseria. Fue entonces cuando conoció—en la mansión vasta y ruinosa de un usurero con humos de humanista que, en memoria de los clásicos de la antigüedad, le había dado un tabuco donde guarecerse,—a la que debía venir a ser por

algún tiempo su compañera de infortunio. Era una pobre niña llamada Ana, afeada por las hambres y las tribulaciones, astrosa, miserable: uno de esos seres débiles e indefensos predestinados al dolor como la Sonia de Dostoyevsky.

Las páginas que Tomás le consagra a aquella "hermana en el infortunio" son célebres en la literatura inglesa por la contagiosa emoción con que están escritas. Diríase que el artista empapó la pluma en lágrimas para hacer la patética evocación. Solos en el caserón desmantelado del Shylock humanista, los dos parias pasaban las noches de invierno sobre un montón de viejas gacetas que les servían de lecho, sin poder hallar un poco de calor para sus cuerpos entumecidos, en tanto que una legión de ratas famélicas rondaba vorazmente en torno de ellos. Las sobras de la frugal comida del avaro constituían el solo alimento de los infelices, quienes sufrían todas las torturas del hambre y del frío.

Unidos por aquella dura cadena de sufrimientos, Tomás y Ana se amaban con afecto fraterno y casto. Todas las tardes se daban cita en uno de esos barrios del centro de Londres, en que se exhibe sin velos el vicio multiforme y brutal de la gran metrópoli británica. Nunca Tomás la preguntaba de dónde venía. Convencido de que el dolor, por virtud de su alquimia sublime, precipita en las almas la escoria y sólo deja el oro radiante, considerábala como una paloma expiatoria, como la personificación sagrada de todo el dolor anónimo del mundo.

Aquel afecto místico y exaltado tuvo un trágico desenlace. Cierta día Tomás se vió obligado a

partir de Londres por una semana. En el instante en que se despedía de su amiguita, ésta le echó los brazos al cuello y lloró largamente como en la solemnidad de un postrer adiós. Y en efecto: Tomás no la volvió a ver nunca. La pobre Ana desapareció misteriosamente en el torbellino oceánico de Londres como una pluma arrastrada por el huracán, y no fue posible averiguar su paradero. Más tarde, Tomás escribió para ella esta invocación que parecen perfumar los blancos lirios de la plegaria: "¡ Oh, tú, mi joven bienhechora! Cuántas veces he querido, lleno de amargura y de amor, que la bendición de mi alma rebosante de reconocimiento, tenga aquella prerrogativa y ese poder sobre natural que los antiguos le atribuían a la maldición del padre para caer sobre el hijo culpable con indefectible certeza, a fin de que mi gratitud pudiese llegar hasta tí—aunque te hallases en el fondo del sepulcro,—como un mensaje de paz, de perdón y de final reconocimiento!"

¿Cómo y por qué se entregó Tomás en cuerpo y alma al demonio del opio? El mismo nos lo cuenta en sus *Confesiones*. Aquejado por una fuerte neuralgia, acudió al veneno en busca de un alivio momentáneo, y el veneno se apoderó de él con fuerza incontrastable. Al principio, la redoma de láudano, "esa terrible amiga que, como todas las amigas, es fecunda en caricias y traiciones—dice Baudalaire,—sumiólo en deliquios divinos y en éxtasis paradisiacos. El ídolo fatal que mora en los jardines de adormideras enlazólo en su mortal sortilegio y fue poco a poco corroyendo el metal de su voluntad sin temple co-

mo un ácido sutil. No importa. Bien se puede pagar con un poco de dolor el maravilloso privilegio de poseer la llave de un mundo encantado, la varita mágica a cuyo golpe se abren ante los ojos los aladinescos palacios del ensueño. De los labios de Tomás brotó un himno inflamado al ídolo homicida: "¡ Oh justo, sutil y todopoderoso Opio ! Tú, que en el corazón del pobre como en el del rico, unges con tus bálsamos suaves las heridas que no se cicatrizan nunca y las angustias que tornan al espíritu rebelde ! ¡ Persuasivo Opio ! Tú, que con tu elocuencia poderosa desarmas las resoluciones de la ira y que, por una noche, le devuelves al culpable las esperanzas de su adolescencia y sus manos limpias de sangre ; que al orgulloso le das un transitorio olvido de las injusticias no reparadas y de los insultos no vengados ; que confundes los falsos testigos en el tribunal del ensueño para el triunfo de la inocencia inmolada ; que castigas al perjurio ; que anulas las sentencias de los jueces iníquos ; que construyes, en el seno mismo de las tinieblas, con los materiales imaginarios del cerebro y con un arte más sabio que el de Fidias y Praxiteles, ciudades y templos que sobrepujan en grandeza a Babilonia y a la Tebas Hecatompila ; que del caos de un sueño poblado de fantasmas, haces surgir a la luz del sol los rostros de las beldades há siglos desaparecidas y las fisonomías familiares y benditas, incólumes de los ultrajes de la tumba ! Tú sólo le brindas al hombre esos tesoros ; tú sólo posees las llaves del paraíso, ¡ oh justo, sutil y todopoderoso Opio ! "

No transcurrió mucho tiempo sin que el ídolo felino y cruel empezara a hincar sus azules uñas de harpía en el corazón de Tomás. Cesó la magia portentosa que envolvía su vida como en una diáfana gasa rosa. A los éxtasis celestes, a las blandas en soñaciones producidas por el veneno, sucedieron las alucinaciones medrosas en que el espíritu se siente rozado, como dice Baudelaire, por el ala del idiotismo, y las pesadillas de dantesco horror. Entre las obsesiones que poblaban de visiones terroríficas su cerebro calenturiento, la más torturante acaso fue la obsesión de la faz humana con su infinita variedad de formas y gestos. Parecíale, en sueños, ver un océano inmenso cubierto de caras, de millones de caras, furiosas, suplicantes, lívidas, convulsas, contraídas en pavoricas muecas de dolor y de espanto; luego parecíale que aquellas caras danzaban una danza infernal, hasta que el infeliz despertaba bañado en sudor frío, fascinado y gritando: "¡ No, no quiero dormir más !"

La narración de los tormentos padecidos por Tomás es algo que crispa los nervios con doloroso paroxismo. Fue entonces cuando, náufrago en un mar de tinieblas y perdida la esperanza, el cuitado vió erguirse sobre su desesperación los tres fantasmas formidables de las que él llamaba *Nuestra Señora del Dolor*. Oído a él mismo evocar "esas tres poderosas abstracciones en que se encarnan todos los sufrimientos individuales del corazón humano". Es ésta una de las más bellas páginas de Quincey:

"La mayor de las tres hermanas se llama *Mater Lachrymarum* o Nuestra Señora de las

Lágrimas. Es ella la que, día y noche, divaga y gime invocando a los desaparecidos para siempre. Ella hallábase en Roma cuando se escuchó allí la voz lamentable de Raquel, que lloraba por sus hijos y que no quería ser consolada; estaba también en Belén la noche en que la espada de Herodes expulsó a todos los inocentes de sus hogares..... Sus ojos son al par dulces y escrutadores, asustados y dormidos y a menudo se levantan hacia los astros para invectivar a los cielos... En la frente lleva una diadema y sé, por recuerdos de infancia, que puede acudir sobre el ala de los vientos cuando escucha el lamento de las letanías y el trueno de los órganos o cuando contempla la fuga de las nubes de estío. Esta hermana mayor lleva colgadas de la cintura llaves más poderosas que las llaves papales, con las cuales abre todas las cabañas y todos los palacios. Es ella —yo lo sé—quien permaneció todo el verano último a la cabecera del mendigo ciego con quien tanto me agradaba charlar, y cuya hija—niña pía y de faz luminosa—resistía a la tentación de mezclarse a los regocijos de la aldea para vagar todo el día por los caminos escabrosos con su padre afligido. Por eso Dios le envió una gran recompensa. En la primavera del año y en los instantes en que ella misma empezaba a florecer, Dios la llamó a su seno. Su padre ciego la llora continuamente. Todas las noches sueña que aún tiene entre las suyas la manecita que lo guiaba y todas las mañanas se despierta rodeado de tinieblas que ahora son más densas y profundas que nunca... Nuestra Señora de las Lágrimas, con ayuda de sus llaves, se desliza—fantasma tene-

broso—en la alcoba de los hombres que no duermen, de las mujeres que no duermen, de los niños que no duermen, desde el Ganjes hasta el Nilo, desde el Nilo hasta el Mississipí. Y como es la mayor de las tres hermanas, y posee un imperio más vasto que el de ellas, la honramos con el título de Madona.

“La segunda hermana se llama *Mater Suspiriorum*, Nuestra Señora de los Suspiros. Jamás escala las nubes ni se pasea sobre el ala de los vientos. En la frente no porta diadema. Sus ojos, si fuese dable verlos, no parecerían dulces y escrutadores, ni se podría leer en ellos historia alguna. Apenas si se hallaría en su vaguedad una masa confusa de sueños moribundos y los rastros de un delirio olvidado. Jamás levanta los ojos. La cabeza, tocada de un turbante hecho girones, está siempre inclinada hacia la tierra. No llora, no gime. De vez en cuando suspira muy paso. Su hermana, la Madona, es en ocasiones tempestuosa y frenética, delira contra el cielo y reclama a sus amados. Mas nuestra Señora de los Suspiros no grita nunca, no acusa nunca, jamás tiene una rebeldía. Es humilde hasta la abyección. Su dulzura es la de los seres sin esperanza... Si murmura algunas veces, es en los lugares solitarios, desolados como ella, en las ciudades en ruina y cuando el sol se ha puesto ya. Esta hermana es la visitante asidua del paria, del judío, del esclavo que rema en la galera, de la mujer sentada en las sombras sin amor para abrigar su cabeza y sin esperanza para iluminar su soledad... de todo cautivo en su prisión; de todos los que son menospreciados; de los que proscribe la ley y de los

hijos sobre quienes pesa una desgracia hereditaria. Todos éstos tienen por compañera a Nuestra Señora de los Suspiros. También ella tiene una llave, pero casi nunca se ve obligada a servirse de ella, pues su reino está entre las tiendas de Sen y las de los vagabundos de todos los climas... Sin embargo, existen gentes de alto rango que le erigen altares y aun en la orgullosa Inglaterra hay hombres que, en presencia del mundo, levantan la cabeza con el orgullo con que la levanta el reno, y que, secretamente, llevan su sello sobre la frente.

“La tercera hermana es la menor de todas..... ¡ Pero chitón! No hablemos de ella sino en voz baja. Su dominio no es grande, que si lo fuese ninguna criatura humana podría vivir. No obstante, sobre ese dominio su señorío es absoluto. Su frente, coronada de torres como la de Cibeles, es tan alta que la mirada no alcanza hasta ella. A pesar del tripe velo de crespón con que lleva velada la faz, es posible advertir la luz salvaje que se escapa de sus ojos, luz de desesperación siempre quemante, por la mañana como por la tarde, al mediodía como a la medianoche, a la hora del flujo como a la hora del reflujo. Esta hermana reta a Dios y es la madre de las demencias y la consejera de los suicidios. Marcha con paso irregular, rápido o lento, pero siempre con una gracia trágica... Nuestra Señora de los Suspiros se desliza tímidamente y con sigilo, pero la hermana más joven se mueve con movimientos que es imposible prever. A veces, salta con el salto del tigre. No lleva llaves, pues cuando, por una excepción, visita a un ser humano, echa aba-

jo la puerta. Su nombre es *Mater Tenebrarum*. Nuestra Señora de las Tinieblas"....

En medio de los tormentos que atenaceaban su cuerpo y su alma, Tomás no olvidó a la compañerita de antaño, tan misteriosamente desaparecida en el remolino de Londres, a la pobre Ana. Con el pensamiento fijo en esa Egeria miserable y sin belleza, pero llena de bondad sobrehumana, escribió las páginas de la *Hija del Líbano*. He aquí esa leyenda maravillosamente bella, que tiene el aroma evangélico de ciertas vidas de cortesanas a quienes el amor hizo santas y que parece escrita por la pluma ingenua de algún viejo bolandista en la fresca soledad de un claustro:

"Cierta noche en que uno de los cuatro evangelistas vagaba al azar por las calles de Damasco, vió de improviso, en la puerta de una mansión equívoca, a una joven de sobrenatural hermosura que parecía irradiar de todo su cuerpo hermosa claridad. Era visible que la joven esperaba allí la llegada de un amante: "Pobre flor mancillada, exclamó el evangelista, ¿acaso te fue dada la belleza para que ofendieras a Dios?" La mujer, toda temblorosa, repuso: "Rabí, ¿qué debo hacer? Todo el mundo me ha abandonado". "Escucha, dijo el profeta: Soy el Enviado del Señor, a quien tú no conoces; del Señor que ha hecho con sus manos divinas los cedros del Líbano y los lirios del Sarón; el azul de los mares y el ejército de las estrellas.... Pide lo que quieras y, por mi intercesión, lo obtendrás de Dios". La hija del Líbano prosternóse de hinojos, juntó las manos y exclamó: "Señor, recondúceme a la casa de mi padre".

“Hija mía, tu súplica ha sido escuchada en el cielo. El sol no se habrá puesto treinta veces detrás del Líbano sin que yo te haya llevado a la casa de tu padre.”

Desde aquel instante el profeta se puso a instruir a la cortesana en las excelsas verdades de la fe y, en la mañana del trigésimo día, purificóla con las aguas del bautismo; luego, cuando el sol se hubo puesto en el horizonte, tomó paternalmente entre sus manos la diestra de la joven y le dijo: “Hija del Líbano: ha llegado el momento de cumplir mi promesa. ¿Quieres que Dios la realice en un sentido más alto y en un mundo más dichoso?” La joven ensombrecióse al escuchar aquellas palabras, pues anhelaba tornar a ver sus colinas natales y estrechar otra vez en sus brazos a una hermana gemela a quien amaba tiernamente. Los vapores del delirio, sin embargo, oscurecieron su cerebro y espesas nubes le ocultaron el Líbano. El apóstol entonces tocóle las sienés con su báculo pastoral y disipó las brumas de su cerebro; en seguida dirigió su bastón hacia el Líbano y apartó las nubes que lo velaban. Entonces la joven columbró la mansión paterna, pero en ella no estaba su hermana gemela. Compadecido de su pena, el evangelista clavó los ojos en el cielo, el cual, se abrió dejando ver sus divinos misterios, que sólo pueden vislumbrar los moribundos. La joven vió entonces que desde la altura le sonreía la hermana muy amada, que había muerto durante su ausencia y que la esperaba en el paraíso. “¿Quieres ahora?” interrogóla de nuevo el profeta. “Sí, sí,” respondió la cortesana. Un instante después, la hija del Líbano dormía para

siempre bajo su cándida veste bautismal, emblema de pureza. El sol se ocultaba en el horizonte, y el evangelista, con los ojos arrasados en lágrimas, dióle gracias a Dios por haber permitido que antes de terminar el trigésimo día, él, pobre pecador, recondujese la Magdalena del Líbano a la casa de su Padre..."

El dulce emperador Marco Aurelio dice que los vicios no dañan sino a quien no sabe vencerlos. De Quincey ignoraba esa ardua ciencia, y sólo pudo libertarse de las garras doradas del opio cuando su organismo estaba ya irreparablemente minado por el abuso continuo del veneno. Lívido, acartonado, su delgadez esquelética inspiraba piedad. De él sí se hubiese podido decir con razón lo que según una vieja leyenda, musitaban las gentes sencillas al ver devanear melancólicamente por las calles al divino autor de la *Comedia*:

—He ahí uno que regresa del infierno.

El "pobre de Quincey", como lo llamaba Carlyle, murió el 8 de diciembre de 1859. Su obra literaria ha sido juzgada por la crítica de muy diversas y encontradas maneras. Con todo, no creo que el fallo de la posteridad haya de serle adverso, porque, si bien carece de esa unidad magnífica y esplendorosa que constituye el más alto precio "de un libro, un diamante y de una vida", como dice el poeta, en cambio abundan en ella los finos marfiles, los esmaltes primorosos, las filigranas exquisitas. Y muchas veces, basta una nadería encantadora para vencer la implacable saña del olvido.

EDUARDO CASTILLO.

(Colombiano.)

frases

FRASES vibrantes necesitamos, reveladoras de la plétora de vida de que América reboza.

Ideas y más ideas, amplias y profundas, que interpreten lo grandioso de nuestras cumbres y llanuras.

Vibrar con nuestra naturaleza y nuestra luz, es sentirse armonizado con el espectáculo magnífico de nuestros panoramas.

Seamos hijos de América, la joven, la fuerte; que nuestras palabras, que nuestras acciones respondan al empuje huracanado que se siente en el desierto inmenso, a las voces orquestales que se escuchan en nuestros bosques.

Dejemos la neurasténica actitud de los viejos europeos y rindamos culto a la Belleza, no en el altar que recibe alientos alcohólicos o presencia sueños de opio, sino en el que la misma naturaleza nos ofrece con la radiación gigante de su luz y el aire puro de sus cimas.

Un Arte que sea expresión del frescor de nuestras brisas, de la vida de nuestros campos, en que al par que la vista se regocija y hace remontar muy alto la fantasía, los pulmones respiran libremente, cambiando la enferma sensibilidad por la amplia expansión de nuestras concepciones.

La naturaleza misma es un poema viviente. En ella se oficia todos los días, y el hombre contempla cómo la tierra eleva al cielo su incienso, en esos vapores oleantes que levanta la luz solar y escucha e-

esos cantos terroríficos que los volcanes—gigantes encadenados—haceu resonar por los ámbitos clamando a Dios en su eterna prisión.

El hombre convertido en sacerdote del Arte, presencia esos espectáculos soberbios en que al caer de la sombra, aparecen esos millares de pupilas que nos vigilan, recordándonos el Infinito.

Sí, séamos sacerdotes de nuestros altares. No mendiguemos ideas que no han nacido a nuestro calor, dejemos esos viejos enfermizos que contemplan otros horizontes, nunca tan bellos, nunca tan imponentes como los horizontes de nuestra América.

Recójanse esos viejos en sus gabinetes, a encontrar en el fondo de sus copas la chispa divina; que nosotros no beberemos más que de la copa que Dios al darnos la vida nos brinda, la copa del cielo hermosamente recamada de brillantes y rubíes.

LUIS CASTRO SABORIO

San José, C. R.

—*La sangre se hereda y la virtud se aquista, y la virtud vale por sí sola, lo que la sangre no vale.*

—*La diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza, su contraria, jamás llegó al término que pide un buen deseo.*

—*Todos los vicios, Sancho, tienen un no se qué de deleite consigo, pero el de la envidia, no trae sino disgustos, rabias y rencores.*

CERVANTES

La guerra europea

Las dificultades de la paz

LAS dificultades de que está erizado el problema de la paz no saltan todavía a la vista de todos. Para ponerlas en evidencia, basta colocarse en la hipótesis más favorable que pudiera realizarse en beneficio de los aliados. Supongamos, pues, que por los misteriosos decretos de las divinidades a quienes ruegan los hombres de fe, en vez de avanzar 100 metros por mes, avanzamos 100 kilómetros en el mismo tiempo. Admitamos también que sean aniquilados los dos o tres millones de alemanes interpuestos entre Berlín y París. Ya estamos en la capital de Alemania y podemos dictar nuestras leyes. ¿Se habrán resuelto las dificultades? De ninguna manera.

La perspicacia de Maquiavelo no bastaría para prever nuestro plan de conducta en las favorables circunstancias que acabamos de suponer.

Cualesquiera que sean las hipótesis imaginadas: división de Alemania en numerosas provincias, desarme obligatorio, indemniza-

ción aplastante, etc., se llega siempre a la conclusión de que, para evitar las tentativas de desquite de 70 millones de hombres, habrá que mantener indefinidamente en pie de guerra un ejército formidable que no impedirá, desde luego, esas tentativas. Napoleón, dueño absoluto de Prusia, después de Jena, se encontró en presencia de un problema semejante y no pudo resolverlo. Creyó haber aniquilado a Prusia y, pocos años después, los generales prusianos entraban vencedores en París.

A menos que no intervengan soluciones imprevistas, puede decirse que comenzamos una de esas luchas prolongadas, interrumpidas por paces provisionales, tales como la historia las ha conocido muchas veces. Guerra de treinta años, guerra de cien años, etc. Sólo que las batallas futuras serán mucho más ruinosas y mortíferas que las de antes.

Si los conceptos que dirigen a los pueblos no cambian, las naciones europeas habrán de resignarse, a lo que parece, a no contar sino con períodos de paz bastante efímeros. Para que esos períodos puedan durar un poco, diez o quince años, por ejemplo, será preciso que las partes beligerantes estén tan debilitadas por las derrotas, que se encuentren imposibilitadas de reanudar la lucha inmediatamente.

Es, pues, probable que la guerra actual se suspenda solamente por la ruina total de uno de sus combatientes. Esta solución no es nue-

va y se presentó varias veces en la historia, principalmente en la Guerra de Secesión.

Los americanos, escribe M. W. Eliot, recuerdan siempre sus cinco años de guerra civil, que, resueltamente llevada por una y otra parte, no cesó hasta que los recursos de los Estados del Sur, en hombres y material, se agotaron. En esa terrible crisis, el capital entero de esos Estados fué engullido.

Una paz precaria sería, por otra parte, aún más ruinoso para los aliados que la continuación de la guerra. Quienes lo duden, pueden recordar las condiciones expuestas por el conde Bernstorff, embajador alemán en los Estados Unidos:

El partía del principio que era preciso reducir a Francia y hacerla una nación como Portugal, aun matando, en caso necesario, cinco millones de franceses. Entrando en detalles, llegaba al desmembramiento de Francia y le quitaba quince millones de habitantes al otro lado de la línea desde Saint-Valery a Lyon para añadirles a las provincias belgas que, naturalmente, serían alemanas. Alemania nos haría pagar diez mil millones, demolería nuestras fronteras y tomaría nuestras armas. Obligaría a Francia a abandonar a Inglaterra y a Rusia, imponiéndola una alianza con sus vencedoras, por veinticinco años. Por último, Guillermo II compraba a Rusia y aplastaba a Inglaterra.

En una Memoria secreta dirigida al Canciller del Imperio sobre las condiciones de la paz, firmada por las grandes asociaciones industriales y agrícolas alemanas el 20 de mayo de 1915, los desideratos del pueblo alemán están expresados claramente:

Bélgica debe someterse económicamente a Alemania. La costa francesa vecina a Bélgica, hasta el Somma, debe formar parte del Imperio Alemán. Alemania se apoderará de todas las fortalezas del Este, sobre todo de Verdun y Belfort. Las cuencas carboneras del Norte y del Paso de Calais pertenecerán a Alemania. Los propietarios de todas esas regiones serán expulsados y ocupados sus territorios por alemanes. En cuanto a Rusia, se la despojará de Polonia y de las provincias del Báltico.

La Memoria precedente de los industriales recibió una completa aprobación en otro manifiesto, firmado por un gran número de profesores. Estos piden, además, que se apodere Alemania de todas nuestras colonias.

Las condiciones alemanas de la paz, que conocemos también por los últimos discursos pronunciados en el Reichstag, por el Canciller y el Ministro de Hacienda, en agosto de 1915, tienen el mérito de ser categóricas: arruinar y despojar a los vencidos. El ministro inglés, sir E. Grey, las comenta así:

Alemania debe estar por encima de todo; la libertad de las demás naciones debe ser la

que Alemania les consienta; tales son las conclusiones del discurso del Canciller alemán. Y a tales conclusiones, el Ministro de Hacienda añade que un pesado impuesto de miles de millones habrá de soportarse durante muchas décadas, no por Alemania, sino por aquellos a quienes les place calificar de instigadores de la guerra. En otros términos: la pretensión de Alemania es que, durante muchas décadas venideras, todas las naciones que la han resistido habrán de sufrir para pagarle un tributo en forma de indemnización de guerra.

A continuación del discurso pronunciado el 19 de agosto de 1915 en el Reichstag, por el Canciller del Imperio, la Gazette de Voss escribía:

Como somos el pueblo supremo, nuestro deber en adelante es guiar la marcha de la humanidad. Es un pecado contra nuestra misión el cuidarse de pueblos que son inferiores.

La reflexión de un personaje alemán sobre la suerte de Alsacia después de la guerra, reproducida por el Journal de Genève del 4 de septiembre de 1915, es muy típica: "Después de la guerra, los alsacianos deberán lamernos los pies."

Lo que precede debe ponerse ante los ojos de las raras personas que sueñan con la paz. No se puede menos que aprobar las siguientes palabras pronunciadas por el Presidente de la República francesa el 14 de julio de 1915,

en la ceremonia de Rouget de L'Isle. Ellas traducen el sentimiento exactísimo de la situación:

¿Qué porvenir sería el nuestro, si fuera posible que una paz claudicante viniera algún día a sentarse anhelante sobre los escombros de nuestras ciudades destruídas? Un nuevo tratado draconiano se nos impondría inmediatamente por nuestro abandono y caeríamos para siempre en el vasallaje político, moral y económico de nuestros enemigos. Los industriales, los labradores y los obreros franceses quedarían a merced de nuestros enemigos triunfantes, y Francia, humillada, se debilitaría en el desaliento y el desprecio de sí misma.

...¡Que nuestros enemigos no lo duden! No es para firmar una paz precaria, tregua inquieta y fugaz entre una guerra truncada y una guerra más terrible; no es para quedar expuestos el día de mañana a nuevos ataques y mortales peligros para lo que Francia se ha levantado en masa.

GUSTABO LE BON

(De *Enseignements psychologiques de la guerre européenne.*)

—*Me parece duro caso hacer esclavos a los que Dios y naturaleza hizo libres.*

CERVANTES

La buena vieja

(DE BERANGER.)

*Al fin vieja serás, amada mía,
 Y yo no aliviare tu soledad;
 Que el raudo tiempo a mí por cada día
 Me cuenta dos de mi pasada edad.
 Sobrevíveme, pues; mas invencible
 Nunca al olvido mis lecciones des;
 Y, tomando al hogar fuego apacible,
 Mis canciones repite en tu vejez.*

*Cuando la vista por tu faz rugosa
 Busque la hermosa faz que me inspiró,
 La juventud preguntará curiosa:
 ¿Quién, pues, fué aquel que amaste y que te amó?
 De mi amor pinta entonces, si es posible,
 El ardor, las sospechas, la embriaguez;
 Y, tomando al hogar fuego apacible,
 Mis canciones repite en tu vejez.*

*Diránte acaso: ¿Supo ser amable?
 —Yo lo amé! sin rubor responderás.
 —¿De alguna infamia se mostró culpable?
 Con orgullo respóndeles: ¡jamás!*

*¡Ah! dí que fiel, de corazón sensible,
Con ternura un laúd pulsó tal vez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.*

*¡Tú, que la Patria a amar tengo enseñada,
Dí a los hijos entonces del honor,
Que en mi tierra invadida y desgraciada
Yo canté la esperanza y el amor!
Recuérdales que el ábrego terrible
Secó de lauros nuestra inmensa mies;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.*

*¡Oh amada mía! Cuando el nombre vano
Que deje yo consuele tu dolor,
Y en mi retrato tu temblosa mano
Las primaveras ponga alguna flor;
Los ojos alza al círculo invisible
Donde habremos de unirnos otra vez;
Y, tomando al hogar fuego apacible,
Mis canciones repite en tu vejez.*

JOSE EUSEBIO CARO

Hombres-océános

Hay, con efecto, hombres-océános.

Las olas; el flujo y reflujo; el vaivén terrible; el gemir de los vientos; las sombras y los resplandores; las vegetaciones del abismo; la demagogia de las nubes en pleno huracán; las águilas sobre la espuma; las maravillosas salidas de los astros, repetidas en ignorado y misterioso tumulto por millones de puntos luminosos, cabezas confusas de lo innumerable; los temibles errantes rayos que tuercen su camino buscando a quien herir; los hondos sollozos; los monstruos que se vislumbran; las tenebrosas rugientes noches; las furias; los freneses; las tormentas, las rocas, los naufragios; las naves que chocan y se resquebrajan; los truenos humanos mezclados con los truenos divinos; la sangre en el abismo. Después, las gracias; las dulzuras; las fiestas; las alegres y blancas velas; las barquillas de los pescadores; las canciones entre el estruendo; los puertos espléndidos; el humo del hogar; las ciudades en el horizonte; el azul profundo de las aguas y del cielo; la beneficiosa acritud; la amargura que vivifica el universo; la áspera sal sin la que todo sería podredumbre; la cólera y el sociego; el todo en lo uno; lo inesperado en lo inmutable; la prodigiosísima monotonía perpetuamente varia; el nivel tras el horrible trastorno; los infiernos y los paraísos de la inmensidad eternamente conmovida; lo infinito; lo insondable: todo eso puede existir en un alma, y entonces el alma se llama genio, y tenéis a Esquilo, a Isaías, a Juvenal, al Dante, a Miguel Angel, a Sakespeare.

Contemplar tales almas es contemplar el océano.

VICTOR HUGO

Nostalgia

Hace ya diez años
que recorro el mundo.
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!
Quien vive de prisa no vive de veras,
quien no echa raíces no puede dar frutos.
Ser río que corre, ser nube que pasa,
sin dejar recuerdo ni rastro ninguno,
es triste y más triste para quien se siente
nube en lo elevado, río en lo profundo....
Quisiera ser árbol mejor que ser ave,
quisiera ser leño mejor que ser humo.
Y al viaje que cansa
prefiero el terruño:
la ciudad nativa con sus campanarios,
arcaicos balcones, portales vetustos
y calles estrechas, como si las casas
tampoco quisieran apartarse mucho....
Estoy en la orilla
de un sendero abrupto.
Miro la serpiente de la carretera,
que cada montaña da vueltas a un nudo,
entonces comprendo que el camino es largo,
que el terreno es brusco,
que la cuesta es ardua,
que el paisaje es mustio.
¡Señor! Ya me canso de viajar. Ya siento
nostalgia. Ya ansío descansar muy junto
de los míos Todos rodearán mi asiento
para que les diga mis penas y triunfos;
y yo, a la manera del que recorriera
un álbum de cromos narraré con gusto
las mil y una noches de mis aventuras,
y acabaré en esta frase de infortunios
¡He vivido poco!
¡Me he cansado mucho!

JOSE SANTOS CHOCANO

Héroe sin nombre

54.

Acosado en campo abierto un batallón italiano por los fuegos de la artillería austriaca, había buscado la protección de un alto muro de piedra. De pronto, entre las matas que orillan el camino, ven los parapetados aproximarse, agitando un pañuelo blanco, un niño, aldeanito harapiento, teñido de sol y polvo. Le preguntan:

—¿Qué quiere?

—Ayudar en lo que pueda, — responde. Estoy solo. Mi padre, mis hermanos, todos han muerto en la guerra. Yo conozco bien este terreno. Y trepando como un gato sobre el muro, se pone a avizorar, temerario centinela, el campo enemigo, a fin de indicar el punto de donde partían sus fuegos y la senda por donde convenía tomar para salir de su alcance. Los soldados le instan a que se baje de allí. El, impávido, continúa observando; con palabras y señas trasmite lo que ve, y en el momento en que se dispone a bajar y cien brazos impacientes se tienden para ayudarle, una bala hace pedazos la inocente cabecita y el cuerpo ensangrentado rueda al pie del muro, entre un irrefrenable grito de compasión y de dolor.

No se sabe su nombre. No queda de él más que del pájaro abatido de la rama por el golpe del granizo. Glorifiquémosle dentro de la advocación simbólica del Gravoche de Víctor Hugo.

JOSE ENRIQUE RODO

El cofre

(Traducción de Fernando Maristany)

Mi madre, en sus momentos de luto y de quebranto, va a buscar a un cajón secreto de su cómoda, un cofre enmohecido, pequeño y anticuado, que me ha mostrado sólo dos veces hasta ahora.

La caja es como un féretro de fúnebre y maciza, y contiene cabellos de sus parientes muertos, en sobres amarillos, de olor a cosa antigua, que a veces por las noches calienta con sus besos.

Al morir mis hermanas, blondas las dos, lo abrieron para poner dos bucles rizados, y unas flores; sólo quedan ahora, cual pálido recuerdo, dos anillos de oro bajo un pequeño cofre.

Y tú, pues toda frente se inclina hacia la tierra, oh madre!, cuando la hora inevitable llegue de ir a la caja fúnebre para encerrar en ella unos cabellos tuyos, ¡que sean cual la nieve!

GEORGES RODENBACH

La obra de los buenos



Obra de grandes, obra de buenos es elevar, acrisolar, comunicar nobleza a los con quienes tratan como superiores. El flujo por envilecer acredita corazón depravado, alma baja. Si los hombres tuviéramos roce con los seres divinos, su contacto nos sirviera de purificación: inteligencia, virtud, crece y más crece en nosotros a medida que vamos cultivando las relaciones celestiales. Nadie se tenga en algo sino en cuanto se juzga capaz de enseñar y mejorar a los que tienen que hacer con él: si pervierte, es inferior a ese a quien corrompe; el desmejoramiento de los que nos oyen y escuchan, los que reciben el peso de nuestras acciones, es pérdida para nosotros, si pícaros y corrompidos tienen algo que perder. ¿Qué galardón es éste de apocar, deprimir a nuestros semejantes? Si nos seduce la fama de ser tenidos por más fuertes, labremos esa pura y brillante que nace de las buenas, grandes obras: para fama, negra fama también la tienen los ladrones: éstos son superiores a quienes roban y matan. La fama de los tiranos, esta es: la de los tiranuelos, todavía más ruín. Filósofos, poetas, grandes hombres nos subyugan, nos pueden, ¿y a látigos? pregunto yo. Nos hacen confesar nuestra inferioridad, nos obligan a jurarles admiración con ese torniquete encantado que tan profundas y delicadas sensaciones causa en nosotros; esto es la inteligencia revestida de sabiduría o empapada en poesía.

JUAN MONTALVO

560 -

La fuga imposible

¿Cómo olvidar el cuadro de tragedia?
Sobre la almohada blanca el pelo suelto
y en tu semblante palidez de tumba....

Quemaré la cama en que has muerto.

¿Cómo olvidar? La casa muda, en sombra,
a mi llegada, el descubrirte, el médico,
y el olor de farmacia en los pasillos....

Dejaré la casa en que has muerto.

¿Cómo olvidar? La lúgubre odisea
al través de la vida, el cementerio
extranjero, y la vuelta sin la amada ...

Saldré de la villa en que has muerto.

Cobarde, astuto, el egoísmmo busca
desmemoriarse, huír lejos, muy lejos....
¡En balde! Ya el dolor mordió mi espíritu
y clavó su garra de acero.

¿Huír? ¿A dónde? ¿Para qué? De norte
a sur, en vano cruzaré universos....

¿Cómo huír de mí propio? ¿Cómo libre
estaré jamás del Recuerdo?

La guerra y la piedad

LA guerra actual, con sus devastaciones, con sus ciegas crueldades, con sus locas iras de multitudes, con sus instintivas fierezas, estimuladas por el ambiente de horror, destrucción y espanto en que se desarrollan los incidentes de una batalla, ha hecho exclamar más de una vez a los hombres de pensamiento y de refinada cultura: "¿Es ésta una regresión?" En el caos, rojo y negro, de un combate formidable que, rebasando la línea histórica, parece traspasar ya los límites de la leyenda, parece haber caído el progreso; parece haberse deshecho el mundo moral. El hombre ha vuelto a sentir los impulsos de la selva. La agitación de la lucha lo ha desnudado de su corteza de civilización, y tiende a devolverle a su estado primitivo. El gastado aforismo adquiere en este momento una comprobación más amplia; el hombre es un lobo para el hombre.

Los escépticos y los pusilánimes piensan así. Mas su afirmación, que encierra un respetable sentimentalismo, no es una verdad bien confirmada.

Es preciso observar sin miedo este gran fenómeno de la vida social en el que los pueblos beligerantes representan intereses e ideales que chocan entre sí, como energías opuestas que convergen en un punto para determinar nuevas direcciones en la línea ascendente del progreso, no para cortarla bruscamente con una imprevista intersección.

La guerra es, sin duda, un espectáculo siniestro y doloroso que puede llegar hasta producir el asco espiritual, la repugnancia. Pero el sociólogo y el historiador han visto, no ya la necesidad de este horrible recurso, que no es sino una amplificación, un accidente, una modalidad de la eterna lucha biológica, una aplicación del movimiento universal, han visto también un estimulante para la perfección humana, en el sentido de su movimiento moral e intelectual, puesto que le hace comprender cómo la justicia y el bien se abren paso a través de todos los obstáculos y por encima de todas las dificultades. Ahí están, para comprobarlo, la heroicidad sublime de Francia y la avasalladora voluntad de Inglaterra.

La justicia y el bien, aunque a veces aparentemente vencidas, son en realidad los invencibles. La guerra presente—lo debemos esperar sin vacilaciones—será otra victoria de esta incesante aspiración.

Y entre el fragor mismo de los combates ha comenzado ya su obra de regeneración; de purificación, de perfección. Porque este deslumbrante medallón de heroísmo de la guerra actual tiene su anverso y su reverso. Al lado de la acometividad furibunda, del encuentro pavoroso, del muro destruido por la metralla, del campo devastado y encharcado en fango sangriento; al lado de la siembra de cadáveres y de la cosecha de heridos; al lado del dolor, de la cólera y de la muerte, la piedad ha plantado su tienda de misericordia, y la abnegación y el amor y la caridad se han exaltado, han crecido, se han extendido por todas partes, y allí donde hay mucha sangre y mucho sufrimiento, ejecutan actos más grandes quizás que los de la esplendorosa epopeya militar.

Y estas solemnes virtudes, hoy más que nunca vivas y vigilantes, van, en acción paralela al generoso empuje de los luchadores, a la bravura del soldado, la cual es así mismo una admirable virtud que ennoblece y eleva el espíritu.

Consuela profundamente pensar en que al mismo tiempo que la ciencia estudia las maneras de destruir, y el taller y la fábrica las tremendas máquinas de guerra, ciencia, taller y fábrica estudian y construyen también los medios y los aparatos para resguardarle al hombre la salud y la existencia, para hacerle llevadero el fatigoso deber, para amenguarle el dolor. Y así, mientras se inventan cañones poderosos, se construyen camillas suaves y flexibles para transportar heridos; y así, mientras se debate un ejército entre el aire apenas respirable del ataque, no lejos una compañía de la Cruz Roja da principio a su afanoso trasegar contra sus enemigos el *Sufrimiento* y la *Muerte*.

De esta prueba trágica y espantable, la humanidad saldrá más buena, más piadosa, más enamorada de la justicia.

Porque no es cierto que el progreso se detenga, ni se estanque la civilización. Porque la humanidad no ha cesado de caminar hacia arriba.

LUIS G. URBINA

Los términos de la liberalidad y los de ser pródigo, cosa es de ningún provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser.

CERVANTES

580 -

Los primeros jazmines

¡Ay jazmines, jazmines blancos!.... Recuerdo la vez primera que se llenaron mis manos de estos jazmines, ¡de estos blancos jazmines! He amado después el rayo de sol, el cielo, la tierra verde; he oído el líquido cristal del río en la sombra de la media noche; a la vuelta de un camino solitario, la puesta de sol del otoño me ha salido al paso como una novia que alzara su velo para decir que sí a su amado.... Pero mi memoria sigue perfumada de aquellos jazmines blancos que tuve en mis manos de niño.

¡Cuánto día alegre tuve en mi vida! ¡Cómo he reído con los más felices, las noches de fiesta! En las mañanas grises canté a la lluvia mis perezosos cantares. Y ha adornado mi cuello la guirnalda nocturna de bakulas, tejida por la mano del amor.... Pero mi corazón está aromado aún del recuerdo de aquellos primeros jazmines frescos que llevaron mis manos de niño. ¡Ay jazmines, jazmines blancos!

Esas mujeres

No habéis encontrado nunca en vuestra vida una mujer que os ha hechizado durante un momento y que luego ha desaparecido? Estas mujeres son como estrellas que pasan rápidas en las noches sosegadas del estío. Habréis encontrado una vez, en un balneario, en una estación, en una tienda, en un tranvía, una de esas mujeres cuya vista es como una revelación, como una floración repentina y potente que surge desde el fondo de vuestra alma. Tal vez esta mujer no es hermosa; las que dejan más honda huella en nuestro espíritu no son las que nos deslumbran desde el primer momento.....

Vosotros entráis en un vagón del ferrocarril ú os sentáis junto al mar en un balneario; después vais mirando a las personas que están junto a vosotros. He aquí una mujer rubia, vestida de negro, en quien vosotros no habéis reparado al sentaros. Examinadla bien: los minutos van pasando; las olas van y vienen mansamente; el tren cruza los campos. Examinadla bien: posad los ojos en su pelo, en su busto, en su boca, en su barbilla redondeada

y fina. Y ved cómo vais descubriendo en ella secretas perfecciones, y cómo va brotando en vosotros una simpatía recia e indestructible hacia esta desconocida que se ha aparecido momentáneamente en vuestra vida.

Y será sólo un minuto; esta mujer se marchará; quedará en vuestra alma como un tenue reguero de luz y de bondad; sentiréis como una indefinible angustia cuando la veáis alejarse para siempre. ¿Por qué? ¿Qué afinidad había entre esta mujer y vosotros? ¿Cómo váis a razonar vuestra tristeza? No lo sabemos; pero presentimos vagamente, como si bordeáramos un mundo desconocido, que esta mujer tiene algo que no acertamos a explicar, y que al marcharse se ha llevado algo que nos pertenece y que no volveremos a encontrar jamás.

Yo he sentido muchas veces estas tristezas indefinibles; era muchacho; en los veranos iba frecuentemente a la capital de la provincia y me sentaba largas horas en los balnearios, junto al mar. Y yo veía entonces, y he visto luego, alguna de estas mujeres misteriosas, sugestionadoras, que, como el mar azul que se ensanchaba ante mi vista, me hacían pensar en lo Infinito.

AZORIN

Una carta

En el Hospital. Dos soldados están hablando. Ambos se profesan esa amistad profunda cuando se contrae en el peligro y los padecimientos comunes. Uno de ellos, Juan, acaba de cumplir veinte años. El otro, Andrés, tiene ya cincuenta; pero está lleno de vida y de energía. Profesa a su compañero un cariño paternal, y herido mucho menos gravemente que él, le cuida con esmero. Contempla hondamente conmovido a aquel heroico muchacho, tan pálido, tan inmaterial y quizás tan próximo a dar un adiós a esta vida, de la que no conoce más que el amanecer. Juan sonríe al comprender aquella afección tan noble; pero de pronto se refleja en sus ojos una enorme tristeza.

Andrés (inquieto). — ¿Estás sufriendo, Juan?..... ¿En qué piensas?

Juan.—No sufro..... Al contrario. Pero creo que si tengo que escribir, quizás no deba perder más tiempo.

Andrés.—¿Escribir? Es verdad; no estoy al tanto de tus cosas y secretos. ¿Pero por qué crees que te ha de faltar tiempo? Estás mejor..... Te curarás pronto.

Juan.—Gracias, es usted muy bueno. Sin embargo, nadie se muere por tomar ciertas precauciones. ¿Quiere usted darme papel?..... Cuando haya concluído, leerá usted la carta. Así conocerá usted mis secretos, como usted dice.

Al cabo de un largo rato de esfuerzos y de mucho pensar, acaba Juan la carta y se la da a su amigo.

Andrés (leyendo).—“A usted, amor mío, la de los ojos azules, dulces y llenos de bondad, le envío, antes de que mi corazón deje de latir, esta carta de amor, la única que he escrito en la vida. Usted es la mujer que el destino tenía preparada para mí, la que debí adorar, la que debía darme con sus sonrisas, su gracia femenina, su presencia radiante y pura y su cariño apasionado la más maravillosa alegría de la vida: el amor. A su lado, hubiese yo sido durante toda mi vida el amante, el esposo, el amigo, el compañero de un camino que usted hubiera ido llenando de flores. Era usted mi elegida, yo el suyo, y voy a partir sin haber gustado de ese placer inmenso, único. Se cerrarán mis ojos sin que usted se haya mirado en ellos, mis labios se cerrarán también sin sentir el calor y la fragancia de los suyos. ¡Cuánto nos hubiéramos amado! ¡Cómo se hubiesen comprendido nuestras almas! ¡Adiós!.... ¡Adiós! Te hubiese amado siempre, porque mi corazón no ha querido aún..... Tal vez

desaparecerás tú buscando inútilmente al que abandonó la vida antes de llegar a verte. Te mando mi primer beso y mi último pensamiento." (Al cabo de un largo silencio.) Sí, ya entiendo; sin dirección, ¿verdad? A la mujer desconocida que debió ser la tuya..... Ya la encontrarás, pobre criatura, ya la encontrarás, no lo dudes.

Juan.—¿Para qué hacerse ilusiones? ¡Es tan delgado el hilo que nos sujeta a la vida! ¡Pero mi único sentimiento es el de perder el amor!

Andrés.—¿Puedes pensar en eso cuando tienes la gloria del sacrificio y del heroísmo?..... ¡El amor!..... ¡Si tú supieses!.....

Juan (sorprendido).—¿Cómo! pero es usted el que lo desprecia? Usted, que no ha vivido más que para él—lo sé, me lo han dicho—; usted, que ha sido, que lo es aún, el hombre más afortunado, más amado por las mujeres.

Andrés.—No, no soy ingrato con el amor: él no tiene la culpa de prometernos lo infinito y no podérselo dar. Ten presente una cosa que te voy a decir para que te sirva de consuelo. Es muy raro que el amor dure toda la vida: pasa, como todo, cambia, se renueva, renegamos de él..... y nos deja una tristeza indecible.

Juan.—No le creo a usted. Hay, estoy convencido de ello, seres que se aman hasta la muerte.

Andrés.—Puede ser. Sólo que hay que morir a tiempo. El amor, o aumenta cada día o em-

pieza a fenecer. Sí, es verdad, créeme, hijo mío, debemos partir cuando nos hallamos en plena fascinación, con fe ciega el uno en el otro, antes de que empiece el descenso.

Juan.—¡Que haya quien diga esas cosas!

Andrés.—Y que las haga. ¿Sabes tú por qué me he alistado a mis años?

Juan.—Porque es usted un hombre de corazón, que tiene ideales y que ama las acciones nobles. No se haga usted peor de lo que es.

Andrés.—Hay algo más que eso, hijo mío. Es que no he querido ser de los que saben gozar de la vida y no saben morir. Eso que llamas buenas acciones no son más que.....

Juan.—Calle usted..... Yo no soy más que un chicuelo, que ignora las muchas cosas que usted sabe; pues le aseguro que lo único que siento es morirme sin haber sentido el supremo placer. No puedo concebir que nadie quiera morirse si tiene una mujer que verdaderamente le ama. No, usted ha luchado por deber; o, si hay otro motivo, es que no es usted amado o que así se lo cree usted.

Andrés.—¿Pero es que no te he hablado nunca de lo que me pasa?

Juan.—¿Lo ve usted, ve usted como hay un secreto?

Andrés (pensativo).—¡Ah! ¡Si yo no hubiese desconfiado de mí mismo, por mi edad; si en plena ascensión luminosa de nuestra ascensión, Paulina no se hubiese detenido, no hu-

biese empezado a reflexionar, a llegar a una armonía menos vibrante; si sus cartas no me hubiesen parecido más frías cada vez!.....

Juan.—¿Está usted seguro de que su imaginación no haya inventado todo eso?

Andrés.—Entonces, ¿por qué dejó de escribirme de pronto?

Juan.—Quién sabe..... Cualquiera circunstancia. La imposibilidad material de hacerlo. Mire usted, ahí le traen una carta.

La carta es de Paulina. Ha estado de enfermera en un hospital, donde contrajo por contagio una grave enfermedad. Ha estado mucho tiempo entre la vida y la muerte. Esta es la primera carta que escribe. El amor le ha dado fuerzas para coger la pluma. Pronto irá a verle. Su corazón ha estado siempre con él.

Andrés (emocionadísimo, lee).—¡Qué felicidad!..... ¡Paulina de mi alma!..... ¡Y yo que te acusaba de.....!

Juan.—A quien usted acusaba principalmente era al amor.

Andrés.—¡Y pensar que dentro de poco estará a mi lado, que le hablaré, que la veré.....!

Juan.—Y, no obstante, volverá usted al frente, porque es un deber (con malicia); pero ya no buscará usted la muerte para librarse de los desengaños.

Andrés.—Perdóname, Juan, no he dicho más que necedades. Tu instinto vale mucho más que mi experiencia (entusiasmado). El amor es la

única cosa que embellece la vida, el gran milagro, la ascensión hacia un placer divino.....

Juan (cogiendo su carta para la desconocida).—Ahora pida usted conmigo: ¡Señor, que no me muera y que llegue un día en que pueda escribir al comienzo de esta carta un nombre de mujer!

MIGUEL PROVINS

Si Bolivia, Uruguay y Paraguay se uniesen a la República Argentina; si los antiguos Estados Unidos de Colombia se restableciesen, y si como en épocas pasadas lo estuvieron, formasen con Venezuela, Ecuador y quizá el Perú una confederación; y si las Repúblicas de la América Central se decidiesen a organizar una federación estable y se aliaran—bien pudiera ser—con Méjico, la América latina comprendería algunos grandes Estados, de los cuales sería cada uno lo suficientemente importante para tener derecho a un puesto envidiable entre los pueblos modernos, y para no temer, así, ninguna agresión, aun de las belicosas de las potencias extranjeras.

FRANCISCO GARCIA CALDERON